

¡AHORA ES EL MOMENTO DE AMAR!

*Carta Pastoral
en el Año Santo de Chandavila*

Celso Morgia Iruzubieta
Arzobispo de Mérida-Badajoz

¡AHORA ES EL MOMENTO DE AMAR!

Carta Pastoral
en el Año Santo de Chandavila



Celso Morgia Iruzubieta
Arzobispo de Mérida-Badajoz

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	5
Chandavila, lugar de oración	6
Memoria y mensaje	8
II. LA FUERZA ENORME DEL PERDÓN	9
Dejarnos perdonar por Dios	11
El perdón nos engrandece	14
III. EL VALOR SALVADOR DEL DOLOR	16
Evitar todo lo que molesta	17
El sufrimiento fomenta el amor	19
Participar en la Cruz de Cristo	22
El misterio del dolor	23
El triunfo de la Cruz	25
La Madre Dolorosa	26
DECRETO DE CONCESIÓN DEL AÑO JUBILAR EN EL SANTUARIO DE CHANDAVILA	30

Queridos sacerdotes, religiosos y fieles laicos de nuestra Archidiócesis:

I. INTRODUCCIÓN

Hace muy pocas fechas hemos recibido de Roma la Concesión de un Año Jubilar, un Año Santo, dedicado a Nuestra Madre del Cielo, con motivo de los 75 años de aquellos acontecimientos extraordinarios sucedidos en Chandavila (La Codosera) a partir del día 27 de mayo de 1945.

Desde esa fecha y apoyada en la confesión verbal de una niña, Marcelina, y de una adolescente Afra Brígido, además de unos sucesos excepcionales de los que ellas fueron protagonistas y en los que hubo numerosos testigos de toda edad, condición y formación intelectual, muchos de los cuales todavía viven, se iniciaron en el lugar conocido como Chandavila (La Codosera) actos de piedad y celebraciones litúrgicas en honor

de Nuestra Señora de los Dolores, cada vez con mayor participación de creyentes. Desde el principio, estos actos de piedad (rezo de Santo Rosario, celebración del Viacrucis o de los Dolores de Santa María... etc.) tuvieron el permiso y la aprobación de la Iglesia. En ningún momento el Obispo de la diócesis tuvo que censurar o prohibir alguna de esas manifestaciones de fe que tenían como referencia a María Santísima. Los Obispos que me han precedido han visitado frecuentemente el Santuario, han celebrado la Eucaristía en alguna de las festividades de la Virgen y, han venido a pasar unas horas y rezar en este lugar que invita a la oración sosegada y piadosa.

Chandavila, lugar de oración

El paso de los años ha ido purificando, como es lógico, algunos detalles, iniciativas o peticiones que podían desdecir del carácter sagrado del recinto. Es de agradecer que los párrocos de La Codosera y los miembros de la Hermandad hayan tenido claro y transmitido con firmeza lo que la Virgen quería que fuera ese lugar, bendecido por la presencia de la Madre Dolorosa, de acuerdo con el testimonio veraz de las videntes: **un lugar de oración y de conversión de los corazones a Dios.**

Estos han sido los principales motivos que me han llevado a solicitar de la Santa Sede la concesión de un Año Jubilar, que promueva **nuestra conversión personal**, que cambie nuestro corazón para pedir y ofrecer el perdón y que aceptemos gozosos la presencia de la Cruz salvadora en nuestras vidas, cómo y cuándo Dios quiera hacernos partícipes de ella. Todo ello, poniendo como intercesora a Nuestra Madre del Cielo.

Además de todas estas referencias de mis predecesores, pastores que se han distinguido por una exquisita prudencia, he tenido la oportunidad y el gozo de haber conversado con la Hermana Marcelina, quien a sus más de ochenta años mantiene una lucidez y una sencillez de alma que me impresionó sobremanera. Ha sido una oportunidad única que me asegura en los motivos que avalan la presencia de la Virgen en este lugar santo de Chandavila, con un mensaje claro e inteligible que no ha perdido actualidad.

La hermana Marcelina ha confirmado lo que ya hace setenta y cinco años confesó con la sencillez de una niña. Fue impresionante el momento en el que, para confirmar la veracidad de los acontecimientos, afirmó con especial énfasis: «yo no he mentado nunca». Nadie podía dudarlo, después de esa conversación llena de sencilla

humildad y de amor a Dios, nuestro Señor, y a su Madre Santísima.

Memoria y mensaje

Chandavila es la memoria de una presencia, pero es también la actualidad de un mensaje. La Virgen transmitió con palabras y, sobre todo, con hechos y acontecimientos, cuál era el núcleo fundamental del mensaje que deseaba hacernos llegar. Este mensaje adquiere una comprensión e importancia mayor cuando se enmarca en el contexto sociopolítico que se vivía en aquel momento: al finalizar una guerra fratricida que dejaba corazones, personas y familias desechas y divididas, en el ambiente cerrado de un pequeño pueblo.

Del Cielo nos llega un mensaje de amor. Es el mensaje del amor de Dios que explica el misterio de la Pasión, que con tanta viveza les llegó a las videntes; mensaje de manos de la Madre Dolorosa. La hermana Misericordia lo resume con estas palabras: «La oración es fundamental para entender el misterio de la Cruz. Las imágenes que vimos siempre fueron de Jesús Nazareno, de Jesús Crucificado y de la Virgen Dolorosa. La fe verdadera en la Cruz conlleva vivir el perdón que nace en el Calvario y hace posible

el don de la paz» (Palabras de la hermana Misericordia refiriendo la conversión de su madre).

La Madre viene a curar heridas y a enseñar cuál es el camino que nos lleva a la salvación, a la alegría y a la paz. Como solo las Madres saben hacerlo, trabó los acontecimientos para que todo el que tuviera los ojos y los oídos abiertos no perdiera ni un detalle del mensaje que le llegaba y que ahora, en pleno siglo XXI, mantiene un sabor fresco, una lozanía sin desgaste.

Por ello deseo vivamente que el mensaje de la Señora sea el contenido de nuestra oración, de nuestro esfuerzo, de nuestro propósito y de nuestro encargo. Siempre, pero especialmente en este Año Santo, os ruego a todos, queridos sacerdotes, religiosos y laicos, que demos un salto adelante en nuestra conversión personal, centrándonos en los deseos del Cielo.

II. LA FUERZA ENORME DEL PERDÓN

No había dudas del mensaje que Dios quería hacer llegar a ese lugar, Chandavila, en ese momento de la durísima postguerra. Pero resulta especialmente significativo que setenta y cinco años

después las circunstancias que nos envuelven ponen de especial actualidad ese mensaje. Y si en aquel momento se podía centrar en el reducido espacio de unos pueblos pequeños, hoy ese espacio se agranda a dimensiones universales.

El mensaje de perdón que procede de Dios en su raíz y que ha de echar por tierra los muros del odio, rencor, venganza, etc. es el regalo de la Virgen y es la medicina única que puede curar las enfermedades del corazón que aprisionan a tantos seres humanos. Este mensaje es el regalo y medicina que nos ofrece María, en nombre de su Hijo, a todos nosotros, peregrinos en este mundo, en pleno siglo XXI.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan (necesitamos) **aprender a pedir perdón de corazón y de corazón aprender a perdonar**. No es nada fácil. Necesitamos la ayuda divina para romper nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestro amor propio, nuestra dureza de corazón, etc., que son muros de contención malignos, y dejar que pueda fluir el agua limpia del perdón. ¡Son tantas las cosas que nos impiden ofrecer con naturalidad el perdón a los otros, de los que tal vez en un momento determinado hemos recibido el dolor de la ofensa! Pero ¡cómo cuesta perdonar!

Dejarnos perdonar por Dios

Estad convencidos de que no seremos capaces de perdonar, si antes no nos dejamos perdonar por Dios, reconociéndonos objeto de su misericordia. «Sólo estaremos dispuestos a perdonar las faltas de los demás si tomamos conciencia de la deuda enorme que se nos ha perdonado»¹.

Sin el perdón de Dios, sin la experiencia de la misericordia divina que limpia nuestra miseria no estamos capacitados para perdonar. Un bellissimo texto del papa Francisco nos lo explica: «sólo se puede testimoniar lo que antes se ha experimentado. El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres. Nos lo recuerda la liturgia del Jueves Santo con el rito del lavatorio de los pies. Pedro no quería que Jesús le lavase los pies, pero después entendió que Jesús no quería ser sólo un ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. Este servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo. Sólo éstos

¹ Juan Pablo II, *Angelus del Domingo*, 29 de marzo de 1998.

tienen “parte” con Él (Jn 13,8) y así pueden servir al hombre»².

En el Sacramento del Perdón se realiza ese lavado de misericordia, de ternura, que Dios nos ofrece para recuperar la ilusión y la fuerza. Si queremos la liberación del mal hay que dejar actuar al Señor, que perdona y sana. «La confesión es el paso de la miseria a la misericordia, es la escritura de Dios en el corazón. Allí leemos que somos preciosos a los ojos de Dios, que Él es Padre y nos ama más que nosotros mismos», nos enseña el Papa³.

Desde ese perdón que recibimos gratuita y generosamente, nos preparamos y tomamos fuerza, energía y amor suficiente para aprender a perdonar. «El Dios bueno nos invita a ser todos buenos. Las dos partes de la invocación están unidas por una conjunción inapelable: le pedimos al Señor que perdone nuestras deudas, nuestros pecados, “como” nosotros perdonamos a nuestros amigos, a la gente que vive con nosotros, a nuestros vecinos, a las personas que nos han hecho algo que no era agradable»⁴.

² Papa Francisco, *Mensaje de Cuaresma 2015*.

³ *Ibidem*, *Vigilia penitencia*, 29 de marzo de 2019.

⁴ Papa Francisco, *Catequesis*, 24 de abril de 2019.

Y un poco después continúa diciendo el Papa: «Pensémoslo, nosotros que estamos aquí, si perdonamos o somos capaces de perdonar. “Padre, no puedo hacerlo, porque esa gente me ha hecho tantas cosas”. Pero si no puedes hacerlo, pídele al Señor que te dé la fuerza para hacerlo: Señor, ayúdame a perdonar. Aquí encontramos el vínculo entre el amor a Dios y el amor al prójimo. El amor llama al amor, el perdón llama al perdón».

Y, sin duda alguna, tenemos la certeza de que eso es lo que Dios quiere ahora de cada uno de nosotros y nosotras. ¡Cuántas cosas importantes están esperando ese paso de amor generoso que nos hace semejantes a Dios! El Dios del perdón y la misericordia, el que nunca se cansa de perdonar y olvidar. ¡Qué grande es todo un Dios que perdona y con tanta facilidad!

Cada uno de nosotros sabemos cuáles son esas personas con las que hemos roto los puentes de relación y cariño. También sabemos qué gestos o palabras serían suficientes para restablecer la comunicación. ¡Ha llegado el momento de dar el paso, de pedir perdón y perdonar, ahora es el día de la salvación! Llenemos nuestros corazones de la grandeza del corazón de Dios. Hay necesidad de perdón cristiano, que infunda esperanza y confianza sin debilitar la lucha contra el mal. Hay necesidad de dar y recibir misericordia.

El perdón nos engrandece

Una oración romana, vinculada al texto del libro de la Sabiduría, dice: «**Tú, Dios, muestras tu omnipotencia en el perdón y en la misericordia**». La cumbre del poder de Dios es la misericordia, es el perdón. Hoy, en nuestro concepto mundial de poder pensamos en alguien con grandes propiedades, que tiene algo que decir en economía, que dispone de capitales para influir en el mundo del mercado. «Pensamos en quien dispone de poder militar, en quien puede amenazar. La pregunta de Stalin: “¿Cuántos ejércitos tiene el Papa?” todavía caracteriza la idea común del poder. Tiene poder quien puede ser peligroso, quien puede amenazar, quien puede destruir, quien tiene en su mano muchas cosas del mundo. Pero la Revelación nos dice: “No es así”; el verdadero poder es el poder de gracia y de misericordia. En la misericordia Dios demuestra el verdadero poder»⁵.

Así, nuestra súplica a Dios se convierte en un mensaje para nosotros; o sea, este Dios nos invita a ponernos de su parte, a salir del océano del mal, del odio, de la violencia, del egoísmo, y a

⁵ Benedicto XVI, *Catequesis*, 24 de julio de 2009.

identificarnos, a entrar en el río de su amor. Esta es la gran fuerza del perdón, esa es la grandeza de nuestra vida. A cada uno de nosotros se nos podría decir «¡muestra tu grandeza con el perdón y la misericordia!». Todos los verdaderos cristianos y los hombres de buena voluntad, ante la división y enemistad que tanto sufrimiento conlleva, experimentan un inconfundible deseo «de recomponer las fracturas, de cicatrizar las heridas, de instaurar a todos los niveles una unidad esencial. Tal deseo comporta en muchos una verdadera nostalgia de reconciliación, aun cuando no usen esta palabra»⁶.

Este es, en definitiva, uno de nuestros propósitos para vivir este Año Santo en honor de Nuestra Señora en el camino de nuestra conversión personal. **Aprender a perdonar perdonando.** Perdonando sin medida. **Aprender a pedir perdón con humildad.** Esa humildad que nos hace amigos de Dios y poderlo mirar a la cara. Así le pasaba a Moisés que hablaba con Dios como con su amigo, porque Moisés era un hombre humilde y cuando Dios encuentra a un hombre humilde se hace presente con toda su grandeza.

⁶ Juan Pablo II E.A. *Reconciliatio et paenitentia*, 3.

III. EL VALOR SALVADOR DEL DOLOR

Perdonar no es ignorar, sino transformar; es decir, Dios debe entrar en este mundo y oponer al océano de la injusticia el océano más vasto del bien y del amor. Y este es el acontecimiento de la Cruz: desde ese momento, contra el océano del mal existe un río infinito y, por eso, siempre más grande que todas las injusticias del mundo, un río de bondad, de verdad, de amor. Así Dios perdona transformando el mundo y entrando en nuestro mundo a fin de que haya realmente una fuerza, un río de bien más grande que todo el mal que pueda existir.

También la Virgen quiso dejarlo claro aquí en Chandavila. Desde el Calvario donde se alza victoriosa la Cruz del salvador se inicia ese río de gracias que nos llega y en el que participamos. Por ello, la segunda parte del mensaje de la Señora se centra en el valor salvador de la Cruz, del sufrimiento, en la vida del cristiano. No es fácil explicar este aspecto fundamental de nuestra vocación cristiana, porque es verdad que el sufrimiento no lo queremos, porque de suyo es negativo para la vida, pero que por alguna razón padecemos. Pero, ¿por qué hay sufrimiento? ¿No podría ser la vida sin dolor: sin enfermedad, sin

violencias, sin desgracias, sin temores...? ¿Por qué hay dolor —sufrimiento— en nuestra vida? La Biblia responde, no sólo al porqué de esos momentos humanos y a su sentido; responde también al porqué del hombre mismo y al origen y al fin de su dolor. La concupiscencia, el miedo, el dolor físico, el cansancio, y, por fin, la muerte, son consecuencias del pecado.

Evitar todo lo que molesta

Pero, aparte de esta explicación bíblica del dolor, la realidad que experimentamos es que el dolor es una cuestión de hecho. Si alguien no sufre ni ha sufrido nunca, sólo tiene que esperar. La quintaesencia del sufrimiento es la falta de sentido en el dolor humano: sufre de verdad el que no sabe por qué.

Parte de la cultura actualmente dominante incluye el convencimiento de pensar que el hombre es capaz de casi todo o que lo será con el tiempo. Con esta mentalidad el dolor humano es inadmisibile. Estamos en una cultura en la que el sufrir tiene mala prensa, en la que el dolor es una experiencia sin valor. Algo de verdad hay en ello, porque a lo que el hombre aspira es a la felicidad. Sólo que la felicidad no es lo mismo que el placer. La felicidad es amor y entrega. Con esa

otra mentalidad, muy difundida, que identifica felicidad y placer, se tiende a evitar a toda costa lo molesto. Esa tendencia puede llegar a organizar la vida. El hombre, entonces, se hace débil, cada vez menos resistente al dolor. A alguien así el dolor le puede, pues la experiencia demuestra que el sufrimiento es imposible de erradicar. El que por nada del mundo quiere sufrir, no puede vivir.

Sin embargo, el dolor es tal vez lo que más ayuda a reconocer nuestra condición de criatura y la verdad de nuestra limitación: requisitos imprescindibles para mejorar. Con mucha frecuencia tenemos grandes ideales, pero son costosos, exigen dosis de sufrimiento. Hay que tener, entonces, un motivo, una razón por la que vale la pena pasar por «eso que no me apetece». Esta actitud es lo que llamamos sacrificio. Mediante el sacrificio buscamos, sufriendo, algo superior. Es como decir que le vale la pena sufrir; porque, aunque el sufrimiento siempre cuesta, gracias a que soy capaz de sufrir, finalmente logro lo que deseo. Es lo de todos los días: el sacrificio del estudiante por sus calificaciones, el del atleta que se entrena para mejorar su marca, el del enfermo que acepta el tratamiento por su salud, o el cristiano que quiere mejorar su amor a Dios y se propone para ello, aunque le suponga esfuerzo, sacar unos minutos diarios de oración.

El sufrimiento fomenta el amor

Existe un remedio para el dolor: la ayuda al que sufre. El sufrimiento ajeno es ocasión por excelencia de amar: «el hombre debe sentirse llamado personalmente a testimoniar el amor en el sufrimiento. Las instituciones son muy importantes e indispensables; sin embargo, ninguna institución puede, de suyo, sustituir el corazón humano, la compasión humana, el amor humano, la iniciativa humana, cuando se trata de salir al encuentro del sufrimiento ajeno. Esto se refiere a los sufrimientos físicos, pero vale todavía más si se trata de los múltiples sufrimientos morales, y cuando la que sufre es, ante todo, el alma»⁷.

El Evangelio es la noticia de que la salvación de los hombres es ya una realidad por Jesucristo. En el programa mesiánico de Cristo, que es a la vez el programa del Reino de Dios, el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la «civilización del amor»⁸.

Todo lo cual nos lleva a reconocer una vez más la hondura del problema del sufrimiento, que

⁷ *Salvifici Doloris* 29.

⁸ *Salvifici Doloris* 30.

reclama ser resuelto en su misma raíz. Si es posible, convendrá suprimir el dolor o al menos mitigarlo, pero en cualquier caso sólo resuelve el problema del sufrimiento quien enseña a sufrir, quien ayuda a descubrir el sentido valioso que tiene el dolor humano.

La eficacia técnica y el amor por la persona se reclaman mutuamente para ayudar al que sufre: «el buen médico ha sido siempre amigo del enfermo»⁹. El interés por la persona condiciona toda ulterior relación. El que recibe ayuda es claro que está en inferioridad de condiciones y, en este sentido, muchas veces necesita ayudas a fondo perdido: a veces no podrá ni agradecer. Ofrece, diríamos, la ocasión de amar de verdad. Y no resulta difícil alabar al que se esfuerza en acompañar al que sufre, descubriendo en el dolor ajeno un tesoro que le enriquece de paso que procura calmarlo.

Por esta razón, decimos que el dolor humano es una realidad innegable y además llena de sentido. Como es sabido, los santos han hecho de la Cruz, del dolor por Dios y los hombres, el ideal de su vida. Desde esta perspectiva, el miedo al dolor no es razón para casi nada. Hay personas que

⁹ Laín Entralgo, *La relación médico-enfermo*.

viven acogotadas por el dolor, llenas de presentimientos desgraciados, que no se atreven a comprometerse o entusiasmarse con algo por temor a la parte de dolor que a toda empresa valiosa corresponde. Otros, en cambio, necesitan defenderse del sufrimiento olvidándolo, rodeándose de una atmósfera rosa de la que estén ausentes la muerte y la miseria. Son los que se ponen nerviosos cuando se habla de desgracias, de la muerte inevitable, los que necesitan aturdirse con diversiones cuando el sufrimiento es una amenaza cercana.

El Papa Juan Pablo II nos lo recordaba: «el sufrimiento es, en sí mismo, probar el mal. Pero Cristo ha hecho de él la más sólida base del bien definitivo, o sea del bien de la salvación eterna»¹⁰. Por esto, podemos afirmar seguros que el sufrimiento iluminado por la fe es ocasión de alegría: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros» (Col 1,24). Se convierte en fuente de alegría la superación del sentido de inutilidad del sufrimiento, sensación que a veces está arraigada muy profundamente en el sufrimiento humano (...)¹¹.

¹⁰ *Salvifici Doloris* 26.

¹¹ *Salvifici Doloris* 27.

Participar en la Cruz de Cristo

La fe en la participación en los sufrimientos de Cristo lleva consigo la certeza interior de que el hombre que sufre «completa lo que falta a los padecimientos de Cristo»; que en la dimensión espiritual de la obra de la redención sirve, como Cristo, para la salvación de sus hermanos y hermanas. Por lo tanto, no sólo es útil a los demás, sino que realiza incluso un servicio insustituible (...)¹².

Por esto, si podemos decir que el sufrimiento es ocasión de grandeza personal es porque Cristo sufrió. Sería verdaderamente absurdo el dolor humano, si Cristo, Dios y hombre, no hubiera padecido dolor. Pero Jesús de Nazaret sufrió todos los dolores, sin perder su perfección y así, siendo Dios, dignificó de manera insuperable el dolor. Además hizo de su actitud criterio, poniéndose de ejemplo y animándonos a seguirle por el camino del dolor. El sufrimiento, entonces, no sólo no es un absurdo para el cristiano, sino que es por Cristo una condición insustituible para la plenitud humana.

Cualquier dolor puede ser para el hombre una Cruz divina y, por tanto, redentora —esa Cruz

¹² *Ibidem.*

que invita Cristo a tomar para seguirle—; aunque a veces sea, quizá, como lo fue la Pasión del Señor, una cruel injusticia. Hay que saber sufrir, también cuando se sufre injustamente. El remedio del dolor injusto no puede ser sino el amor. Así el dolor es Cruz y ocasión de amar como Cristo. Se requiere para esto la acción del Espíritu Santo, que, activo en el hombre, transforma al hombre. Pero, ¿en qué? En Cristo. Es Él quien forma a Cristo en nosotros, como lo formó en María¹³.

El misterio del dolor

El sufrimiento humano suscita compasión, suscita también respeto, y, a su manera, atemoriza. En efecto, en él está contenida la grandeza de un misterio específico¹⁴. Como misterio, debe ser permanentemente contemplado con perplejidad y con respeto: ante el dolor humano nos encontramos frente a una realidad con vocación sobrenatural, llamada a trascendernos.

Recordemos a Job con su dolor inexplicable. Él es consciente de no haber merecido tal castigo, más aún, expone el bien que ha hecho a lo largo

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Salvifici Doloris* 4.

de su vida. Al final Dios mismo reprocha a los amigos de Job por sus acusaciones y reconoce que Job no es culpable. El suyo es el sufrimiento de un inocente; debe ser aceptado como un misterio que el hombre no puede comprender a fondo con su inteligencia (...)¹⁵.

El dolor humano se entiende en ciertas ocasiones, pero en muchas otras no. Sin embargo, Jesucristo «instruía, poniendo en el centro de su enseñanza las ocho bienaventuranzas, que son dirigidas a los hombres probados por diversos sufrimientos en su vida temporal»¹⁶. A esos hombres está destinada la Bienaventuranza, la definitiva felicidad. Por eso a la pregunta por el sufrimiento, Cristo responde ante todo con una llamada. «Es una vocación. Cristo no explica abstractamente las razones del sufrimiento, sino que ante todo dice: “Sígueme”, “Ven”, toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través del sufrimiento. Por medio de mi cruz»¹⁷. No se entiende qué es el dolor razonando sino creyendo.

La perspectiva de sufrimiento: de fatiga agobiante, de trabajo que parece excesivo, de dolor

¹⁵ *Salvifici Doloris* 11.

¹⁶ *Salvifici Doloris* 16.

¹⁷ *Salvifici Doloris* 26.

crónico, de incapacidad definitiva, de marginación, de abandono, de incompreensión, de humillación continua, de permanente frustración... podría cegarnos e inducirnos a menospreciar esos momentos y situaciones que vienen a ser como la angustia en Getsemaní, cuando ruega Jesús al Padre que le libre de aquel Cáliz: las palabras de la oración de Cristo en Getsemaní prueban la verdad del amor mediante la verdad del sufrimiento. Las palabras de Cristo confirman con toda sencillez esta verdad humana del sufrimiento hasta lo más profundo: el sufrimiento es padecer el mal, ante el que el hombre se estremece¹⁸.

El triunfo de la Cruz

Cristo ya había exigido a los suyos el sacrificio para alcanzar el Reino de los Cielos: «Si alguno quiere venir en pos de mí... tome cada día su cruz» (Mt 16,24). Y Cristo triunfa desde la Cruz. La respuesta definitiva al sentido del dolor humano es el Sacrificio del Calvario, momento del Amor por antonomasia y momento también por antonomasia de dolor con sentido, que se renueva cada día en nuestros altares.

¹⁸ *Salvifici Doloris* 18.

El optimismo en la tribulación es incomprensible, sorprendente para una visión meramente terrena. Es efecto de la Gracia y trasciende al propio atribulado. Ni siquiera él mismo comprende cómo es capaz de padecer sin temor, ni de dónde le brota la alegría mientras sufre. San Pablo lo explica con absoluta certeza: «con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones y angustias, por Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte»¹⁹.

La Madre Dolorosa

Como no podía ser menos, María, su Madre, máximamente unida al Hijo, identificada con la voluntad de Dios, participó como nadie del sufrimiento. Simeón se lo había anunciado: «y a tu misma alma la traspasará una espada» (Lc 2,35). Una espada de dolor que, desde los pocos días del nacimiento de Jesús, María esperaba. ¿Es posible hablar con más propiedad de un sufrimiento asumido libremente por amor?

¹⁹ 2 Cor 12, 9b-10.

María sufre como nadie, porque ama como nadie. Le hace sufrir la humanidad, apartada de Dios; sufre por su Hijo, muchas veces despreciado y perseguido, aunque también fuera aclamado en ocasiones hasta querer hacerlo rey; y, por fin, aquella Pasión tremenda, en la que pudo contemplar con sus propios ojos cómo torturaban al fruto bendito de su vientre. No hay palabras que puedan describir el dolor de María.

El Papa Francisco comentaba bellamente, con devoción y cariño, el pasado Viernes de Dolores: «Se han escrito himnos en honor a Nuestra Señora de los Dolores: estaba al pie de la cruz y la contemplan allí, sufriendo. La piedad cristiana ha recogido los dolores de la Virgen y habla de los “siete dolores”...». Y así, la piedad cristiana sigue este camino de Nuestra Señora que acompaña a Jesús. Es bueno para mí, por la tarde, cuando rezo el Ángelus, rezar estos siete dolores como recuerdo de la Madre de la Iglesia, cómo la Madre de la Iglesia con tanto dolor ha podido darnos a luz a todos.

La Virgen nunca pidió nada para sí misma, nunca. Sí para los demás. Nunca ha dicho: «Soy la Madre, mírenme: soy la Reina Madre». Ella nunca dijo eso. No pidió algo importante para ella en el colegio apostólico. Sólo acepta ser madre.

Acompañó a Jesús como discípula, porque el Evangelio muestra que siguió a Jesús: con sus amigas, mujeres piadosas, seguía a Jesús, escuchaba a Jesús... Ella estaba siguiendo a Jesús. Hasta el Calvario. Y allí, de pie... la gente seguramente le decía: «Pero, pobre mujer, cómo va a sufrir», y los malos seguramente dijeron: «Pero, ella también tiene la culpa, porque si lo hubiera educado bien esto no habría terminado así». Allí estaba, con el Hijo, con la humillación del Hijo.

Honrar a la Virgen y decir: «Esta es mi Madre», porque ella es la Madre. Y este es el título que recibió de Jesús, justo ahí, en el momento de la Cruz... Y luego, los Hechos de los Apóstoles la muestran en oración con los Apóstoles como una madre. Nuestra Señora no quiso quitarle ningún título a Jesús; recibió el don de ser su Madre y el deber de acompañarnos como Madre, de ser nuestra Madre... Sólo discípula y madre. Y así, como madre debemos pensar en ella, debemos buscarla, debemos rezarle. Ella es la Madre. En la Iglesia Madre. En la maternidad de la Virgen vemos la maternidad de la Iglesia que recibe a todos, buenos y malos: a todos.

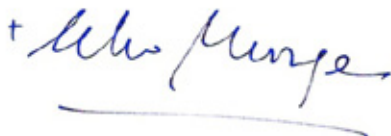
Nos hará bien detenernos un poco y pensar en el dolor y las penas de Nuestra Señora. Ella es nuestra madre... Nos hará bien detenernos un

poco y decirle a Nuestra Señora: «Gracias por haber aceptado ser Madre cuando el Ángel te lo dijo, y gracias por haber aceptado ser Madre cuando Jesús te lo dijo».

Que estas palabras, salidas del corazón y del amor del Papa sea una invitación para vivir este año muy cerca de la Madre, muy cerca de la Virgen. Un año Santo que nos invita a cada uno a ser más santo, con la ayuda de Nuestra Madre Bendita.

Con gran afecto, os envío mi bendición.

Badajoz, 13 de mayo de 2020, fiesta de Nuestra Señora del Rosario de Fátima.



+ **Celso Morga Iruzubieta**
Arzobispo de Mérida-Badajoz



Prot. N. 176/20/1

B E A

Celsus Monga Iruzubieta, Archiepiscopus Metropolita Emeriten-
nitatis N. Dnae Dolorosae, in paroeciali de La Codolera ecclesia, sub
auxilium per intercessionem S. Deiſparae Virginis implorantes. Cum au-
quo, in loco ubi nunc exstat Sanctuarium de Chandavila, inceperunt os
in Caelestis Patronae honorem, a die XXVII Martii MMXX usque ad
pietatis actus, catecheseos tradendae diligentia necnon caritatis exerciti-
donum, quod a Sanctitate Tua imploratur. Et Deus, etc.

Die

PAENITENTHARIA APOSTOLICA, de mandato Ss.mi Dom-
Sacramentali confessione, eucharistica communione et oratione ad me-
tentibus atque caritate compulsis, ad instar tubilaei lucranda, quan-
Sanctuarium B. Mariae Virginis Perdolentis de Chandavila in forma
temporis spatium pro fidelitate ad christianam vocationem, pro sacer-
humiles Deo effuderint preces, concludendas Oratione Dominica, Symbo-

Confraternitatis sodales et alii pii fideles, senectute, morbo vel
detestatione cuiusque peccati et intentione praestandi, ubi primum licue-
doloribusque suis, vel incommodis propriae vitae, misericordiam Deo per M-

Quo igitur accessus, ad divinam veniam per Ecclesiae claves cons-
prompto et generoso animo celebrationi Paenitentiae sese praebeat ac S.

Praesenti totum per tubilarem annum valituro. Contrariis quibue-

170-
M3



TISSIME PATER,

is Augustanus - Pacensis, suas libenter faciens preces Parochi et Fratris Maioris Confraternitatis. N. D. nae de Pietate, reverenter exponit ad hoc locum frequentes concurrere fideles, divinum item die XXVII proximi mensis Maii christianus populus celebrabit anniversariam LXXV, extendi maternae dilectionis B. Mariae Virg. signa manifestissima, summe expedire visum est ut, diem XXVII Maii MMXXI sacrae promoveantur peregrinationes, piae visitationes, liturgicae a. Ut huiusmodi navitatis magni fructus attingantur, profecto valde proderit Indulgentiarum

XXVII Februarii MMXX

mini Nostri Francisci Pp., plenariam libenter concedit Indulgentiam, suetis sub condicionibus item Summi Pontificis) a Confraternitatis sodalibus omnibusque christifidelibus vere paenitentibus etiam animabus fidelium in Purgatorio detentis per modum suffragii applicare possint, si peregrinationis inviserint et ibi tubularibus ritibus devote interfuerint, vel saltem per congruum votalibus ac religiosis impetrandis vocationibus et pro defendendo humanae familiae instituto, solo Fidei invocationibusque Virginis Mariae Matris Dolorosae.

gravi alia causa impediti, pariter plenariam consequi valebunt Indulgentiam si, concepta erit, tres consuetas condiciones, anniversariis celebrationibus se spiritaliter adhiuxerint, precibus ariam oblati.

sequendam, facilior pro pastoralis caritate evadat, haec Paenitentiaria entice rogat ut Parochus Communionem infirmis saepe ministret. libet non obstantibus.

us Carol. Dange
URUS CARD. PACENSIS
Paenitentiarum Maior

Christophorus Nymel
CHRISTOPHORUS NYMEL
Regius

